

PRESENTACIÓN

Aunque es de todos sabido que el intercambio de símbolos, de palabras, de ideas, de tradiciones ha enriquecido el mundo en que vivimos, a muchos asusta la idea de incluir a otro en nuestra tribu. ¿Qué nos traerá ese rostro desconocido? ¿Cómo podremos integrarlo a nuestro grupo? ¿Cómo nos integraremos a él? Son quizá preguntas que nos hemos formulado ante la llegada de un nuevo compañero de trabajo, de escuela, de vecindario. El rechazo al otro, al extraño, al forastero, al distinto que irrumpe con su presencia nuestro círculo de identidad, es un sentimiento muy humano, pero muy poco humanitario. Llevado a un extremo irracional, este temor es probablemente la antesala de la heterofobia.

Como señala Fernando Savater,

La fobia al mestizaje opone el dogmatismo de mitos fundacionales a la tozuda evidencia de los hechos científicamente comprobados. Todas las razas humanas provienen de innumerables hibridaciones a partir de un remoto monogenismo primordial dispersado por causas medio ambientales, lo cual convierte cualquier proclamación de “pureza” en vacua o interesada mitología. Aún peor, demuestra una incapacidad para comprender la dimensión individual de nuestro destino humano. Uno no puede mezclarse o cruzarse con alguien de apariencia racial cuando aún no es *persona*, sujeto irrepetible, sino parte de una materia global que se resiste a la hibridación como el aceite y el agua.

La persecución o la discriminación contra una raza, un grupo étnico o una persona, se alimenta de prejuicios nacionales, históricos, culturales y es, sin duda, revelación de pobreza espiritual y de superstición de la peor calaña.

Celebro que *Desacatos* nos ofrezca análisis sobre este viejo tema que nos sigue inquietando a pesar del avance civilizatorio. Reflexiones como las que aquí se presentan pueden ayudarnos a formar un espíritu capaz de ampliar nuestra tribu.

Luis de la Barreda Solórzano
Presidente de la Comisión
de Derechos Humanos del Distrito Federal
